

MARIANO PESET

Historia de hechos, historia de ideas e historia de instituciones

GENERALITAT VALENCIANA
CONSELL VALENCIÀ DE CULTURA

SEPARATA DEL LIBRO HOMENAJE A J. A. MARAVALL

HISTORIA DE HECHOS, HISTORIA DE IDEAS E HISTORIA DE INSTITUCIONES

Mariano Peset

Cuando se le ha de tributar un homenaje a una persona ilustre —este es el caso de don José Antonio Maravall— se extreman adjetivos y alabanzas. No voy a caer en ese tópico académico; sé que no le hubiera gustado. Más bien me voy a permitir un análisis crítico de algunos aspectos de su obra, que creo de suficiente altura para soportar mis observaciones, llenas de afecto por el buen recuerdo que a todos nos dejó... Los escritos del profesor setabense, son importantes y se puede hacer una crítica con tranquilidad —él me lo hubiera agradecido más, que unos elogios que no necesitaba de mí...—. El riesgo está cuando se han de disimular los defectos o buscar los planos favorables, cuando se han de maquillar las palabras para evitar decir lo que no se ha pretendido, aunque sea verdad. No. La obra historiográfica de José Antonio Maravall es sólida y me permite hablar de él como historiador, no sólo como amigo.

Teoría e historia

Durante la investigación, el historiador no se limita a recoger datos y ordenarlos de una manera inteligible. Medita sobre su tarea para perfeccionarla y conseguir entender el sentido de su hacer; acumular datos o reproducir viejos textos —por más que se afine la crítica o se colacionen diversos manuscritos— no se considera la meta o el resultado final...

José Antonio Maravall también se planteó las cuestiones más esenciales de la historia a lo largo de sus muchos años de trabajo. Su *Teoría del saber histórico*, aparecida en 1958, marcaba la cumbre de su interés por estas cuestiones de un modo explícito, expreso. ¿Qué es la historia? ¿Qué sentido puede poseer el relato histórico? Historia y ciencia, método... En años posteriores se dedicó a hacer buena historia, más que teoría; prefirió recoger, ordenar e interpretar dentro de las líneas escogidas —una historia del pensamiento político— cada vez más ricas, más completas... Con todo, aquellas meditaciones explícitas sobre historiografía y su método dejaron un poso en sus páginas. La interpretación que hizo del saber histórico se reflejó en sus obras más notables, si bien con una progresiva capacidad para hacer historia, con una maduración de su tarea. Por esta razón, interesa su planteamiento teórico, tanto como su práctica historiográfica, para descubrir sus últimos resortes, su sentido de la historia... No se trata de rebuscar en sus técnicas concretas o en sus concepciones históricas acerca de esta o aquella materia,

sino valorar en bloque —desde su teoría y desde su práctica— cuál fue su modo de escribir historia. No pretendo clasificarlo en esta o aquella tendencia —su labor es demasiado importante para creer que se pueda entender con unas cuantas etiquetas o calificaciones.

Más bien, quisiera anotar algunas observaciones sobre sus obras y situar su labor historiográfico en su justo lugar. No quiero —ni puedo ahora— intentar una valoración de sus escritos. Tendría que estar trabajando sobre una cuestión o tiempo histórico sobre que él hubiera escrito para dictaminar acerca de sus hipótesis o conclusiones. No es esta, ahora, mi intención...

José Antonio Maravall fue siempre un historiador. Desde su primera publicación en 1944 hasta la última trascurrieron más de cuarenta años dedicado a la historia. Sus tareas académicas, ya anteriores, culminan con la cátedra de derecho político y teoría de la sociedad en 1946, pasando en el 55 a la facultad de ciencias políticas... Una vida, por tanto, si se me permiten estas calificaciones, de historiador y profesor de las ideas políticas.

En 1972, en *Estado moderno y mentalidad social (siglos XV a XVII)*, escribía en su prólogo:

Hemos hablado de hechos positivos y nuestras páginas están llenas de datos de pensamiento. A veces, incluso, el planteamiento ideológico pasa por delante. No tenemos inconveniente en admitir que nuestra investigación se ha desenvuelto preferentemente en el terreno de la que muchos llaman hoy "Historia de las mentalidades": es una Historia social de la mentalidad española... (I, p. 6).

En verdad, cualquier conocedor de la reciente historia de las mentalidades —la obra de Vovelle— sabe, sin género de duda, la distancia que existe entre este tipo de estudios, seriados, sobre mentalidades colectivas, y una historia del pensamiento político. Sin embargo, Maravall es un investigador que se muestra abierto a todas las nuevas posibilidades, si bien una cosa es otear los nuevos horizontes y otra la realidad de sus elaboraciones... En algún momento, se alinea con Lucien Febvre, al decir que su libro *Poder, honor y élites en el siglo XVII* podría estar en su dirección... O bien, escribe páginas sobre historia social, como vía en que se siente inmerso...

Pero ¿qué sentido tuvo su obra? La riqueza de sus escritos no permite un diagnóstico de urgencia, una caracterización superficial. Pero me aventuraré a exponer mis convicciones de cómo ha evolucionado la historia a lo largo de los últimos siglos y cómo se inserta la obra de este historiador en ese recorrido. Al menos, establecer algunas precisiones esenciales, aunque, sin duda, incompletas...

Una brevísima historia de la historiografía

Tal vez el historiador que recorra esta rápida evolución de los estudios históricos, pensará que debía haber dado por supuesto que conoce su disciplina, pero he querido dirigirlas a un público más extenso. Maravall desborda los límites del especialismo.

Los escritos de los historiadores se han prodigado desde la antigüedad clásica, desde Herodoto a las crónicas medievales, que, a veces, se apoyan en la *Biblia* para narrar sucesos remotos o reflejan los acontecimientos de su tiempo. En

el renacimiento una nueva historia se inicia, con un sentido más actual, que afina sus instrumentos y empieza a tamizar y a ampliar sus fuentes. Los *Anales* de Jerónimo Zurita o la *Historia* del padre Mariana son buen ejemplo. Pero su crítica es de sentido común, vulgar...

A fines del siglo XVII comienza la historia crítica. Se debe a los monjes bollandistas franceses su estudio a través de los diplomas y la configuración de unas reglas y métodos: *De re diplomatica* de Mabillon puede ser considerado pilar primero de la historia crítica. Ya no se fían tanto de las fuentes, se las analiza y usa con criterios de crítica textual. Entre nosotros, sería Nicolás Antonio quien iniciaría estas veredas, con su rechazo de los falsos cronicones, posiblemente falsificados por el jesuita Román de la Higuera a fines del XVI y depuraría, por tanto, nuestra primera historia eclesiástica de piadosas tradiciones, tales como la venida de Santiago o de los varones apostólicos. Se encontró con todos estos falsos autores, al escribir la *Bibliotheca Vetus* —publicada en 1696— que junto con la *Nova*, significa un potente paso en esta dirección. Durante el XVIII el esfuerzo de publicación de materiales del agustino Flórez o, el menos granado por ajenas circunstancias, del jesuita Burriel o la *Historia crítica* de España de Masdeu están dentro de esta nueva crítica. Tratarán de grandes eventos o personajes encumbreados —grandes escritores en las Bibliotecas antonianas— pero, con una crítica aguzada, para evitar errores, inexactitudes. En Francia, Voltaire añadiría a la historia un enfoque universal y amplio en su *Essai sur les mœurs*, o en *Le siècle de Louis XIV* atendía a las artes o las letras, junto a la narración principal de carácter político...

A inicios y todo lo largo del siglo XIX se produce un cambio importante en la forma de hacer historia. La revolución burguesa y el romanticismo tienden a interesarse por el pueblo, por el *Volksgeist*, que está repleto de nacionalismo. Los liberales exaltan al pueblo, con quien se identifica la burguesía revolucionaria, mientras el romanticismo conservador contrapone los valores tradicionales y medievales de la restauración. La primera escuela histórica alemana —Savigny, Niebuhr...— amplían el estudio del pretérito con la presencia de instituciones jurídicas y sociales en la historia, mientras otros se interesan por el folclor o por la literatura...

La historia política y bélica se amplía con las instituciones u organismos sociales y jurídicos, con la cultura, con costumbres o fiestas... El positivismo histórico —el culto a los hechos— se fortalece con el estilo de Ranke o la codificación de las normas de la crítica por Bernheim. Entre nosotros, fue Altamira y Crevea quien redactó la primera historia de España dentro de esta dirección institucional, ampliada después en los volúmenes de Ballesteros y Beretta. En distintos compartimentos, se examina la historia política y las instituciones sociales, jurídicas, económicas, etc., sin intentar una compenetración mínima entre las diversas zonas...

Por otro lado, a fines del XIX se inicia la historia económica, con Hildebrandt o Roscher, con Lamprecht y, sobre todo, Marx. Las corrientes más idealistas se sitúan como contraste de esta línea nueva... En todo caso, esa contraposición entre economía e ideas, se ve contrapuntada por otra que separa a los historiadores positivistas más pegados al dato y los historiadores sociólogos —estoy pensando en Max Weber o en Sombart— que realizan grandes construcciones, no diré que excesivas, pero, sin duda, no fundadas en la demostración histórica más estricta.

Al fin, para superar esa diversidad de modos de narrar la historia —positivismo frente a ideas generales— aparece la escuela de los *Annales* en 1929, con un método, unas técnicas y unas realizaciones que han sido importantes —aparte otras direcciones inglesas o americanas análogas—. Para nosotros Braudel, Bloch o Febvre son sus representantes más conocidos —Vilar sobre Cataluña—. Significa la perfección de las técnicas, con presencia de enfoques cuantitativos y serios, con amplio aprovechamiento de la documentación... La geografía logra relieve en sus estudios, que, por lo demás, buscan una explicación integral o total de la historia. El bloque económicosocial adquiere una presencia central, mientras los acontecimientos políticos pasan a un plano menos destacado, y las ideas o el derecho desaparecen de sus elaboraciones históricas...

Entre nosotros se tiene a Vicens Vives por el introductor de estas nuevas direcciones historiográficas a partir de los cincuenta, si bien, fueron muchos los que, paulatinamente, se acercaron a los nuevos modos de hacer historia...

En la historiografía francesa más reciente —sin duda, junto a la inglesa la mejor conocida en España— se ha producido un cambio significativo. La última síntesis de Braudel, *Civilisation matérielle, économie et capitalisme, XV^e-XVIII^e siècle*, parece cerrar una época. Los *Annales* y en general los historiadores más cercanos, han intentado buscar nuevas posibilidades técnicas y metodológicas, abrir paso al mundo de las ideas colectivas a través de la historia de las mentalidades, estudiar la alfabetización o la vida cotidiana, plantear los grandes temas del poder, del amor y de la muerte... Huir de explicaciones economicistas... Numerosas direcciones difíciles de resumir o recoger, que andan buscando una redefinición de métodos y problemas. Estamos en una fase muy cercana y todavía no asentada. ¿Se trata de un nuevo peldaño o una simple moda de temas y técnicas? ¿Un complemento o caminos nuevos? No lo sé. Se ha vuelto a valorar la historia narración, inserta en un marco amplio, comprensivo de los problemas en torno a un relato.

Ginzburg en *El queso y los gusanos* plantea la existencia de concepciones procedentes de viejas tradiciones, en un molinero encausado por la inquisición. Natalie Z. Davis, describe con amplitud la comunidad y la vida campesina del sur de Francia al narrar la historia de *El regreso de Martin Guerre*...

¿En qué lugar de esta breve sinopsis o esquema de la historiografía podría ser colocada la obra del profesor Maravall? ¿Historia de ideas o historia de instituciones...?

Ya he advertido que no pretendía una clasificación: sus escritos son demasiado ricos para permitir, sin más, colocarle en ese o aquel lugar. Además, ¿de qué serviría con esquemas tan generales? Esta rápida incursión nos puede ser útil, para conocer, en sus grandes líneas cuáles han sido las etapas más salientes. Ahora, partiré desde la obra de Maravall —según he creído entender en mis lecturas a lo largo de años— para intentar comprenderlo... Sin duda, hay cambios o maduraciones de su pensamiento en que no puedo entrar; la amplitud de sus páginas me veda, asimismo, análisis pormenorizados... Con todo, veamos algunas de las líneas más esenciales de su actividad histórica, de su forma de hacer historia.

Doctrinas políticas

Una de sus vetas fundamentales se dirigió, como tema y como forma de hacer, al estudio de las ideas políticas en el siglo de oro. En la España de la posguerra los teóricos de la política —los catedráticos de derecho político y teoría polí-

tica de las facultades de derecho— hicieron historia al no poderse ocupar de una constitución o de la situación política de aquellos momentos. El interés de Carl Schmitt —el teórico del poder hitleriano— o de Javier Conde, estudioso de Bodino o de Maquiavelo, autorizaban esa posibilidad. Y las publicaciones de entonces, la *Revista de estudios políticos* o el *Archivo de derecho público* granadino de Sánchez Agesta, cultivaron, entre otros temas, esa parcela de historia de las ideas. Hasta un hombre tan alejado de aquellas ideologías como Tierno Galván dejó páginas sobre el tacitismo en España...

José Antonio Maravall se dedicó a esta tarea con talante de historiador. Una grandísima parte de su obra está dedicada a este sector del pensamiento. En el año 1944, editada por el Instituto de estudios políticos, daba a luz su *Teoría española del estado en el siglo XVII*. Más adelante —ya lo dije— lograría una cátedra de historia del pensamiento político y social de España, de forma que se arraigó profesionalmente a este estudio. Sus escritos sobre diferentes autores son numerosos; la utopía —en Europa y América— fue objeto de sus análisis... La historia de las ideas políticas fue, sin duda, la gran tarea de su vida académica e investigadora.

Desde este primer libro posee dos caracteres, que más tarde había de mejorar:

1. Los materiales extraídos con paciencia de la lectura de los escritores políticos, de Rivadeneyra, de Quevedo, de Portocarrero o de otros muchos más, son presentados de forma sistemática, por sus temas diferentes. Cada uno de ellos va rellenándose con sus citas y el comentario oportuno... No hay apenas intento de comprender quién es cada uno de estos autores, aun cuando se pueda dar alguna referencia para poderlos valorar mejor. No se trata de entender las doctrinas de cada cuál, sino la doctrina general, común, "la teoría española".

2. En segundo lugar, apenas se busca entender, por otras fuentes, qué son las realidades a que se refieren aquellas observaciones o máximas de los viejos políticos peninsulares. Interesa la doctrina de Saavedra Fajardo o de Cerdán de Tallada, pero se deja de lado el estudio del estado y del gobierno en los siglos de la edad moderna. La corona hispana —el "estado moderno", según prefiere denominarla— dejó en su ejercicio del poder y en sus empresas, enormes masas de documentación, de leyes o expedientes, de actas o de sentencias... Sería excesivo pensar que tenía que insertar todos estos materiales en una obra de teoría política, pero, en todo caso, apenas hay un acercamiento, una atención a la bibliografía, institucional o no institucional, que se ha ocupado de estos campos.

Sin embargo, esa primera presentación ha de ser ampliamente superada años más tarde. *Estado moderno y mentalidad social* tiene, como fuentes esenciales, a los mismos escritores políticos —en mayor número, algunos inéditos— pero se recubre de unos conocimientos más extensos sobre la época. No es que se haya dedicado a la labor de archivo, pero, en buena parte, conoce la bibliografía esencial sobre la España de aquellos siglos.

La técnica de presentación es análoga: los grandes problemas del estado moderno. Desde la concepción del estado como artificio o sus relaciones con otros estados o la iglesia, hasta los medios que utiliza, el derecho, la burocracia o el ejército —sus conexiones o intervención en el mundo económico—. Los planteamientos son más ambiciosos, el desenvolvimiento de las cuestiones más rico, tanto en las referencias bibliográficas como en las fuentes... Sin duda, era esta obra el resultado más maduro a donde le condujeron años y años de inteligente esfuerzo... Sus numerosos trabajos de historia del pensamiento político desembocaban en esta síntesis bien trabajada.

España invertebrada— no resisten una crítica desde nuestros días. Sin embargo, en su época hicieron fortuna.

Un hombre tan escéptico como Josep Plà, en *Madrid 1921. Un dietari*, describe con interés y respeto a Ortega y Gasset, *ex cathedra*, cuando fue a oír su magna palabra instado por Zulueta... Con todo, lo que me atrevo a afirmar es que no era historiador en el sentido usual de esta profesión.

No creo necesario mostrar con detalle ese abolengo diltheyano en el Maravall que medita sobre los fundamentos del saber historiográfico. "Lo cierto es que, hasta Dilthey, la consideración teórica de la Historia apenas había dado algunos pasos...". Tucídides había sentado las bases de la historia clásica, sigue diciendo, viendo al hombre, como naturaleza que logra la posesión de ciertos conocimientos. Hegel, en cambio, la vio como el desenvolvimiento de la libertad que es la sustancia del espíritu; también Fichte la vio como un proceso dinámico para organizar la vida humana en la libertad y en la razón. Sin embargo, esta idea de libertad era demasiado abstracta...

En Ortega y Gasset encuentra un desarrollo de la libertad concreta del hombre, en tanto establece un proyecto de vida libremente. Intenta liberarse de la circunstancia que le circunda, pretende superarla... Sobre todo, es liberación por la técnica de condicionamientos que su circunstancia le impone, también de las ideas y creencias "que se petrifican tradicionalmente sobre la existencia". Las filosofías vitalistas prestan contenido a sus consideraciones acerca del saber y del método histórico —su calidad de historiador de las ideas políticas le acerca a este sector—.

Sin embargo, Maravall no fue un filósofo, sino un historiador en el más cabal sentido de la palabra.

* * *

¿Tendré que rastrear en sus numerosos trabajos y en sus miles de citas los historiadores que más influyeron sobre su modo de escribir historia? Esta última posibilidad no sería difícil, pues suele acompañar sus obras de cuidadosos índices de nombres... Pero, si la cita puede orientar, nunca expresa la orientación con que se usa. La solución es, sin duda, un análisis de los textos, de los problemas que estos conllevan, de los conceptos... Pero ni he hecho ese análisis, ni es posible englobarlo en estas cortas páginas. Más bien me he limitado a recordar lecturas y completar con otras, repasar algunos escritos de Maravall que juzgo centrales, para emitir una serie de hipótesis sobre su labor de historiador...

En *Teoría del saber histórico* —año 1958— lleva ya largo tiempo de estudio y publicaciones. Va a plantearse, qué es la historia "en vista de la nueva idea del saber científico que en otros campos, diferentes de la historia se ha ido formando", dice al comenzar. Un planteamiento diltheyano, que resuelve, en gran parte, recurriendo a sus textos: distinción entre las ciencias naturales y sociales y, asimismo, necesidad urgente de una profundización de su conciencia lógica, un planteamiento de sus posibilidades y sentido. La nueva física de Einstein —ahora cita a Ortega— ha cambiado el paradigma de la física por lo que es menester replantear las ideas que sobre ciencia pretendió el positivismo... En conjunto se busca mostrar que la historia y las ciencias del hombre tienen su método específico; la crisis actual de la ciencia refuerza la posible posición del investigador social y del investigador. Se necesita una reforma del pensar, una nueva lógica, tal como ha visto Ortega.

O sea que se sitúa, de la mano de estos dos autores —aparte una amplia bibliografía— en los problemas de la historia como ciencia. Hay muchas páginas de interés sobre los hechos o la observación históricos; frente a un simple positivismo aferrado al dato, propone su valoración dentro de un conjunto limitado o cuestiones sobre la abstracción del material histórico... Los elementos teóricos que han de acompañar necesariamente a la experiencia y, sobre todo —otra vez Dilthey— la propia experiencia de la vida del historiador sirven para lograr interpretar el pretérito. Esto parece introducir cierto grado de subjetividad por las vivencias del que historia; Marx, añade, ya observó cómo el conocimiento se logra siempre desde una posición dada, desde un horizonte, sea burgués o no: el autor señala un perspectivismo que, como es sabido, está en Dilthey y en Ortega. Por último, frente a un determinismo histórico, frente a la posibilidad de determinar leyes o causas unívocas, prefiere hablar de series o de tipos ideales —Dilthey, Max Weber...— o de estructuras, según Freyer, como un conjunto de hechos con una articulación interna; a través de Tierno Galván, entra también en algunas precisiones sobre la estructura en el campo de la filología...

¿Historiadores o sociólogos?

Es posible que Maravall abuse un tanto de los sociólogos historiadores. Advertí ya cómo aquellos plantamientos inteligentes, pero difusos —en todo caso no históricos para una sensibilidad positivista o para un historiador de archivo— fueron rechazados por Febvre o por los *Annales*. En cambio, dentro del mundo de las ideas proporcionaban varias ventajas.

Por de pronto, permitían un panorama amplio de una sociedad y de sus mecanismos, sin excesivo problema de erudición —todos hemos usado y admirado a Max Weber o a Werner Sombart—. Sus categorías son útiles, sin duda, para poder, a veces, simplificar procesos o realidades, abordar aspectos o enfoques más generales... Para un historiador de ideas, acostumbrado a contemplar la realidad a través del pensamiento, y a relacionar conceptos genéricos, estos autores son muy atractivos, fecundos incluso.

En su magno estudio sobre *Estado moderno y mentalidad social*, de 1972, José Antonio Maravall analiza el pensamiento político hispano, con un conocimiento amplísimo de las fuentes. Cada una de ellas es desmenuzada y obligada a formar parte de un vasto mosaico que busca diseñar los problemas del poder. Es historiador de amplia bibliografía, que le gusta citar y matizar en el relato, al mismo tiempo que trae los escritos de la época, sobre todo los políticos que tan bien conoce; pero hace acopio de literatura y, en cambio, en materia jurídica entra pocas veces... Su buen estilo cimenta los diversos elementos en cuadros eclécticos —la procedencia de materiales es grande— bien trabados para expresar sus ideas. En sus páginas brilla inteligencia y buen gusto, presentación de los diversos problemas más que hipótesis centrales y construcciones con pretensiones excesivas. Sugiere más que afirma; matiza más que discute...

Entre sus modelos se hallan sociólogos, economistas e historiadores. "Nuestra obra —dice— hubiera sido imposible de llevar a cabo, sin poder manejar el instrumental de conceptos que nos han proporcionado los sociólogos —Max Weber, Tönnies, Mumford, Dahrendorf, Ossowski, Foster, Barber, Eisenstadt, etc.—, así como los economistas e historiadores de la economía —Marx, Sombart, Heckscher, Tawney, Carande, Braudel, Rostow, Ruiz Martín y otros—, cuyas

obras nos han revelado aspectos decisivos en los procesos de transformación de unas u otras sociedades”.

A lo largo de sus capítulos, es muy frecuente la cita de Sombart sobre mentalidad del burgués o del capitalista —el espíritu de cálculo, la racionalización de la economía...— o le discute su aserto de que en España se prefieren los tesoros antes que el dinero; cada sistema tiene su burgués, y en España aquel espíritu de aventura y de juego que se percibía en el XVI desapareció en el siguiente siglo. O sus intuiciones acerca de la importancia del estado y de las guerras para el desenvolvimiento del capitalismo... Todavía concede mayor relieve a Weber. Le aprovechan sus conceptualizaciones para determinar que sea el derecho privado, como esfera en que el estado no interviene, o —más esencial— su teoría de las clases o de la mentalidad capitalista como derivada del protestantismo, su famosa idea...

Maravall parte de aquellos análisis —que ya vimos rechazados por los historiadores de los *Annales*— para reconstruir la figura y mentalidad del burgués o para lograr marcos de referencia de su exposición histórica. Las mentalidades, desde esa línea, resultan demasiado abstractas y las panoramas en exceso simplificados. Aunque él los sepa apuntalar con su constante consulta a las fuentes y su buen tino. En todo caso, está muy lejos de esa historia de las mentalidades, a que aludía antes, a esas direcciones de la historiografía novísima. Maravall conoce mentalidades abstractas —el burgués, el político...— o ideas de los escritores políticos del siglo de oro.

Diálogos con Marx y con Mousnier

En los últimos años de nuestro autor hay también un cierto diálogo con el marxismo. No sólo por su conocimiento o cita de Marx, en que fue temprano, sino por entrar en discusión de algunos puntos o enfoques cercanos. En *Estado moderno y mentalidad social* se asumen interpretaciones acerca del nuevo significado del dinero o de la cultura burguesa de esa procedencia; o bien se resalta su importancia: “desde que Marx hizo del punto de vista de la Historia económica un aporte decisivo para la interpretación de toda la Historia, se ha repetido muchas veces que la formación del Estado moderno es una consecuencia del nacimiento del capitalismo, ya que éste, para su expansión, necesitaba disponer de un instrumento de poder político...” (II, pp. 281-282).

Todavía es más interesante su planteamiento en uno de sus últimos libros: *Poder, honor y élites en el siglo XVII*, fechado en 1979. Al tratar aquí de la diferenciación de la sociedad del antiguo régimen, se decidirá por ver una sociedad en estamentos, frente a una sociedad de clases como quería Marx. Preferirá a Weber, Schumpeter o Mousnier... El honor y la sangre jugarán un intenso papel en estas páginas, pero, por detrás, siempre, la idea de los tres órdenes, estados o estamentos para expresar la estructuración de aquella sociedad. En sus precisiones sobre la élite de poder surge también el imprescindible concepto de clase dominante, donde se inserta. La élite presenta, según él, unas características de grupo no organizado, duradero, con sentimientos de superioridad y una mentalidad propia —de nuevo una mentalidad abstracta— que une a un *sistema de creencias*. Su eje es el paso de un estamento noble medieval a una élite de poder en la edad moderna. La nobleza había tenido un fuerte poder, mas cuando la monarquía concentra la fuerza, tiende a transformarse en una élite de poder... Un buen

acervo de datos sobre clases intermedias continúa y añade nuevos matices a sus hipótesis.

En verdad yo veo las cosas de otra manera: la alta nobleza y el alto clero constituyeron la clase dominante a lo largo de los siglos; los estamentos son conjuntos jurídicos que, naturalmente, no responden a relaciones de dominación, porque ¿qué conexión existe, entre un hidalgo pobre y un duque?, ¿o entre un cardenal de Toledo y un humilde cura de aldea? Otra cosa es que tengan los mismos privilegios y se puedan sentir los menores asimilados a los grandes —el estamento sería un mecanismo más de dominación, de poder—. En la edad moderna es posible que cambien los mecanismos y funciones de esa clase —mayorazgo o vinculación de patrimonios, frente a la vieja actividad guerrera...—, como asimismo, es posible, que nuevos grupos de letrados o burgueses se adosen al ejercicio del poder... Pero ¿qué interés tiene que formule unas hipótesis distintas, si no tengo ahora el espacio suficiente para intentar demostrarlas?

* * *

La historia institucional fue y es una dirección historiográfica que he intentado caracterizar. Era una superación de la historia política y un deseo de abarcar más campos con nuevos métodos. No obstante, al surgir nuevos enfoques económicos y sociales, quedó estancada en algunos sectores jurídicos o no, que examinan, con materiales legales y jurisprudenciales los diversos organismos o instituciones públicas y privadas, para describirlas y precisar su sentido. Desde luego, hace algunos años ya que los estudios de esta índole procuran añadir el sustrato social o económico, para no verse limitados a expresar las puras normas...

Un autor conservador como Mousnier, analizó las ventas de oficios o los levantamientos populares. En su gran síntesis *Les institutions de la France*, de 1974 y 1980, ve la institución como una idea central, unos procedimientos que utilizan unos grupos de hombres. Estos hombres pertenecen a grupos sociales como la familia o la parroquia, la ciudad o la provincia; tienen una mentalidad, una religión, una dignidad... Todos estos elementos deben ser estudiados, por lo que la institución logra un desarrollo extraordinario... El estudio social o económico, por tanto, se integra en sus elaboraciones. Primero ve los grupos sociales varios, después entra ya en el estudio de la monarquía y sus organismos, los tribunales o los impuestos...

Maravall usa ampliamente de este autor —no conoce sin embargo, esta síntesis última—. Le interesa la venta de oficios o sus concepciones estamentales de la sociedad. Sus análisis de las jerarquías sociales se encuentran en muchas de sus páginas —aunque hay también otra amplia bibliografía, por ejemplo los más penetrantes de Stone sobre Inglaterra—.

En todo caso, no se interesa demasiado por la historia institucional; en su obra, en general, se desentiende de los organismos de la monarquía. El "estado moderno" se integra por diferentes instancias de poder y el gobierno se ejerce a través de complicadas burocracias: no le interesa. Su visión es más genérica —o más derivada de las doctrinas políticas— y, en consecuencia, no atiende a la bibliografía o las fuentes que le pueden llevar a conocer los consejos, tribunales y asambleas, con sus procedimientos... El mundo jurídico, en general, le es ajeno; tal vez usa alguna ley para ilustrar sus ideas o recurre a las cortes castellanas en busca de algunos textos. Pero el mundo del derecho no le interesa...

Yo preguntaría ¿es posible profundizar en las ideas o las realidades políticas, sin conocer ese sector? ¿Se puede hablar de poder sin considerar el derecho? Seguramente es posible, pero el análisis institucional es una zona muy cercana. ¿Cómo es que Mousnier no le condujo hacia estudios análogos referidos al sur de los Pirineos? Aunque algunos utiliza, son los menos...

Y para terminar...

Para terminar quiero acotar qué significan estas páginas mías. En primer término, un homenaje a la obra y la persona amiga de Juan Antonio Maravall —me hubiera gustado someterlas a su lectura como he hecho con otros de mis escritos—.

En primer lugar, esta meditación sobre historiografía e historia, con deslinde de diversos sectores y tendencias, me ha servido para orientarme en estos vericuetos de la historia. Espero que al lector le pueda ser útil, aun cuando sea para disentir más o menos de mis consideraciones.

De otra parte, la determinación de algunas constantes de su obra escrita no trata de valorar, sino de comprender... Tras mi intento, creo entender mejor qué significa la historia que hizo Maravall, el sentido de sus páginas impresas.

La dicotomía entre hechos e ideas es, quizá, poco rigurosa, pero es útil —de ahí que haya iniciado mi título con ella—. Maravall, desde la segunda posición —historia de ideas— trae concepciones diltheyanas para hacer ver que todo hecho lleva consigo su interpretación; lo que es verdad, pero no del todo, pues una buen aparte de los hechos históricos que hoy se analizan no fueron conscientes a quienes los vivieron. Con un ejemplo extremo explicaré mi afirmación: una epidemia de peste tendrá varias explicaciones en el antiguo régimen —teológica, médica...— pero su realidad, descubierta más tarde, no se conocía en su época. Ni el bacilo, ni los mecanismos de transmisión a través de pulgas y ratas.

Maravall insiste en su concepción: "No podemos dejarnos llevar de la ideología de la época: pero lo que sí nos es necesario es recoger la ideología contemporánea de los hechos como una vía de acceso a los mismos". Y algo después, en esta introducción a *Estado moderno y mentalidad social*, señala que la historia de la economía no puede conocerse sin estudiar el pensamiento económico, y que es necesario conocer éste para entrar en la economía. No pretende yuxtaponer conocimientos sobre historia de la administración, historia del derecho, de la economía... "Pretendemos solamente —afirma— someter a consideración las conexiones de ciertos hechos producidos en esas esferas y de las creencias que ellos han inspirado, con el desenvolvimiento del Estado, en cuanto forma política de la modernidad" (I, p. 25-26).

Por tanto, una historia de ideas que está pendiente de unos hechos, que interpreta. Su talante indudable de historiador le lleva a enriquecer las ideas políticas con multitud de referencias a la realidad, de conexiones... Una historia de las ideas en donde los hechos están presentes en el fondo, a través de sus lecturas y la bibliografía secundaria. El tiene conciencia de presentar una historia de España de carácter positivo, con renuncia a toda metafísica —es por tanto historiador—. Pretende que plantea algo nuevo, al buscar amplia perspectiva en su relato, porque la historia sólo aparece en los procesos de larga duración... Y también su constante mezcla, en "la construcción histórica que aquí presentamos

de lo que con terminología habitual se llaman hechos e ideas. Nuestra obra constituye un intento, reflexivamente continuado, de buscar la realidad histórica en un plano de fusión de ambos elementos. La Historia no puede contener únicamente el enunciado de unos hechos..." (I, p. 6). Un historiador de ideas políticas que se esfuerza en engarzarlas en unas realidades... A veces, cree participar en las nuevas direcciones de historia de las mentalidades —según ya vimos—. Por lo menos es capaz de percibir los nuevos aires que han significado para el mundo de la historia...

La historia del pensamiento político no engloba para él las doctrinas jurídicas. Los viejos infolios latinos, tan ricos en materiales, nunca hacen aparición en sus obras. Tal vez, alguna referencia a Salgado de Somoza —el gran regalista— o a González de Salcedo, *De lege política* de 1642 sean excepciones, junto con otros cuantos. ¿Es posible descartar a los juristas, en sentido estricto, en un examen del pensamiento político? En todo caso, constituirían una vía para completar las aportaciones de Maravall.

En general, él se apartó de la historia de las instituciones y de la historia del derecho, en sus trabajos. El estado y enfoques con que se hacían entre nosotros estos estudios permiten entender sus prevenciones —otra cosa es que buscarse deslindar su propia materia de otros campos mas amplios—. Sin embargo, vuelvo a preguntarme, ¿cabe hablar del derecho y de la administración con tan escasa consulta de la bibliografía que se ha dedicado directamente a estos sectores? Naturalmente conoce una parte, pero, como ya he observado, prescindió de mucha... No. La historia de las instituciones no interesó a José Antonio Maravall... Prefirió la construcción más genérica, atendida a sus textos de los escritores políticos españoles y extranjeros...

En suma, estudió el pensamiento político con marcada atención por el cuadro político y social en que se desenvolvía; incluso, por las realidades económicas en que se vivía. En cambio, dejó de lado en sus elaboraciones la historia de las instituciones. Su buen estilo, su inteligencia y su esfuerzo lograron una obra de importancia en los años que le tocó vivir. Una obra, sin duda, notable en un sector como la historia de la teoría política, que no se distingue por su relieve actual en el concierto de las ciencias históricas...